

# MEMORIAS

## Qué es y qué se propone este libro

Estos capítulos recogen una parte de mi vida política. Agrupados por orden, no rigurosamente cronológico, constituyen un libro que no pretende ser clasificado bajo ninguna de las etiquetas corrientes. Desde luego no se trata de un “diario”, lo cual exigiría narrar jornada a jornada los acontecimientos que el autor ha ido anotando, bajo la influencia del momento en que los ha vivido, y esto no siempre ofrece garantías de objetividad o de serenidad. Tampoco es este libro una autobiografía: género en el que el escritor se erige en protagonista de lo que cuenta, imbuido de un egocentrismo que a mí me repugnaría; aunque tratándose de actos de la vida pública en los que yo intervine, necesariamente tengo que hablar de mí para explicarlos, matizarlos, rectificarlos o censurarlos.

Son quizá, en cierto modo, unas “Memorias” en las cuales la vida del autor sirve como de engarce y ensambladura de unos sucesos que ha presenciado y que ahora, pasado ya el tiempo, incluso la “época” en que acaecieron, pueden ser “vistos” con la perspectiva de la distancia y enjuiciados con la serenidad de su consideración global. De esta manera el redactar unas memorias no sólo supone una reconstrucción del propio vivir –contemplado desde los últimos peldaños- sino que significa también la incorporación de cuanto hemos observado en orden a otras vidas, ambientes y situaciones, que se interfieren así en las nuestras, dándoles un marco adecuado, gracias a aquella unidad evocadora que un libro de esta clase ha de tener.

Tanto en los “diarios” como en las “autobiografías” y aun en las “memorias” se corre el riesgo de falsificar la verdad consciente o subconscientemente.

Tal sofisticación llega a su máximo grado cuando la verdad se desvirtúa sistemáticamente mediante ese gran engaño que muchas veces se esconde bajo las ondas y los cíceros de la propaganda oral o escrita. Es la “institucionalización de la mentira”; la organización de un sistema y de unos instrumentos para mentir, para deformar, para exaltar, o para degradar.

Muchos de los hombres que permanecían al servicio del Régimen del 18 de Julio, de los que se beneficiaron del mismo u ocuparon cargos hasta sus postrimerías, se han permitido –o se les ha permitido- gracias a la propaganda –entre otros factores concurrentes- presentarse como impúberes políticos, mientras que a otros como Ridruejo, ejemplo de pureza política, de desinterés y de autenticidad, situado en la oposición abiertamente desde 1942, todavía se le reprochaba su pasado; que es tan respetable y sincero como fue su posterior evolución. Ni él ni yo hemos intentado nunca falsear nuestras posiciones y actitudes, mantenidas hasta esa fecha de 1942. Cada uno desde su sitio intentamos servir nuestros respectivos puntos de vista, nuestras convicciones, con honrado desinterés. Por eso nunca hemos tratado de justificar equivocaciones, sino de justificar nuestras rectificaciones, precisamente cuando ello personalmente sólo nos traía –nos trajo- incomodidades, porque no se compadecían con la España oficial, cuando toda discrepancia había sido considerada o instalada en la categoría de la traición.

Los grandes creadores de la propaganda moderna fueron los soviéticos: Lenin, Stalin y otros muchos maestros en la materia, a los que copió el fascismo, aunque según me hacía notar Henry Bonnier, el verdadero inventor de la propaganda política fuera Napoleón, y, dicho con más precisión, Bonaparte, cuando preparaba la campaña de Egipto, a cuyo fin se incautó de la imprenta árabe del Vaticano para lanzar sus *tracts*.

Frente a esa concepción de la Historia como propaganda triunfalista, o como denuesto para el adversario, o como escape de una ira mal contenida, se alza la narración histórica revestida del sentido de la verdad, como fedataria de una augusta y noble función: levantar acta de hechos y de realidades. Es la historia concebida como *testimonio –testis temporis, lux veritatis-* como la calificó Cicerón.

Lo cual no se contradice con el enjuiciamiento que de esos hechos se haga; con su valoración; con la aplicación a los mismos de un espíritu crítico basado en una recta estimativa, objetiva y transpersonalista.

Este propósito de expresar sinceramente, objetivamente, la realidad de los hechos tal como acaecieron, enfrenta al autor con el concepto mismo de la verdad: “*Quid est veritas?*” pero no es de este lugar estudiar esta noción desde el punto de vista ontológico, moral, lógico, etc. Más práctico sería definirla negativamente por lo que la verdad no es. La verdad está ausente en toda desfiguración de los hechos, en su tergiversación, en su reproducción incompleta (la verdad a medias, casi siempre mentira), en su presentación confusa o turbiamente adulterada.

Ahora bien, con desaliento me pregunto muchas veces: ¿interesa de verdad a la gente conocer la verdad de las cosas, tal como fueron? Desgraciadamente habría que contestar que no son muchos los que sienten apetencia por ese conocimiento –incluso algunos de los que se dedican a historiar nuestra época-; y prefieren seguir aferrados a un *estereotipo* y repetirlo sin más averiguaciones o depuraciones. Carentes del espíritu crítico indispensable para ejercer la noble profesión de la información, no se toman la molestia de *verificar* las noticias equivocadas cuya reiteración convirtió en tópicos. Otras veces –lo que es más desconsolador- se resisten a rectificar incluso frente a la misma evidencia y frente a las pruebas irrefutables de que las cosas ocurrieron de manera distinta a como se las contaron; y esto, en ocasiones, aun tratándose de personas de buena fe. Cuánto menos hay que esperar rectificación por parte de lenguas u plumas que hacen de la falsedad profesión o industria.

Se podrá censurarme que haya tardado en dar noticia de sucesos que debió saber el país hace ya varios años. Pero ¿acaso algunos de los documentos que aquí se publican, incluso *algunos* de los relatos que se incluyen, hubieran podido publicarse antes, esto es, en el largo período que corre desde 1942 a 1975, donde yo era un proscrito? Con todo, algo dije o escribí entre líneas; incluso adquirí en este arte menor un cierto adiestramiento por causa del cual hoy ya no sé escribir directo.

Quizá se diga que, una vez entreabierto la libertad de expresión, podían haber salido a la luz inmediatamente estos recuerdos y reflexiones que ahora doy a la imprenta. Sin embargo, son varias las razones que me detuvieron: primero, el que no se me confundiera con los apresurados fabuladores y oportunistas que, sin debido rigor y sosiego, falto de serenidad conveniente, y en ocasiones carentes de los más elementales

escrúpulos, se han lanzado a producir una bibliografía en la que con frecuencia se trasluce la ambición crematística o el celo entusiasta y encolerizado del renegado y del converso.

De otra parte, teniendo que trabajar sobre los temas de nuestra tremenda guerra civil, se removían en mi alma tantos recuerdos y sufrimientos que para mí –obligado además para ello a abandonar quehaceres a los que por necesidad y con cierta vacación estaba dedicado– sólo amargura me causaban.

Finalmente, es obvio que, por mi situación personal relativa, era obligado dejar pasar unos cuantos meses antes de dar a la publicidad estas páginas, que no siempre serán interpretadas en adecuación a la justa intencionalidad con que se escribieron.

Pienso que unas memorias no deben escribirse para continuar en la inercia de adulaciones, que fueron casi siempre interesadas, ni para satisfacer rencores y saldar deudas; las que se publican con tan mezquina, con tan ruin finalidad, carecen de valor aun en el caso, casi siempre improbable, de que sea buena la pluma que las escribe. Unas memorias deben redactarse para que en algo sirvan de enseñanza a las nuevas generaciones; para que éstas puedan aprovechar la experiencia y los errores que sus antecesores cometimos, a fin de que no incurran en los mismos. Pero tampoco es lícito sacrificar la verdad a exigencias convencionales de falsa elegancia; tan despreciable sería eso como sacrificarla a la saña vindicativa o al prejuicio hostil. El material de la Historia son los hechos. Hay que pensar especialmente en los jóvenes, pero sin halagarlos demagógicamente, para que se eduquen en el noble principio de servir a la verdad.

Esto es fundamentalmente lo que me ha llevado a superar mi desgana, mi escepticismo o mi amargura, pensando en que el deber está por encima de la comodidad o de la incomodidad. Quiero, a este respecto, recordar palabras de Ortega y Gasset sobre la enseñanza de la Historia: “España –decía el maestro– tiene que aprender una Historia, no hallando una norma de lo que puede hacer (la Historia no prevé el futuro) sino que tiene que aprender a evitar lo que no hay que hacer; por tanto, a renacer siempre *de sí misma* evitando el pasado, porque el pasado es un *revenant* y, si no se le domina con la memoria, refrescándolo, él vuelve siempre a nosotros y acaba por estrangularnos.”

Al lanzar al público estos testimonios lo que pretendo no es anclar en el pretérito, sino pasar sobre lo pasado; lo cual puede ser una proyección

eficaz para quienes tienen el deber de meditar sobre los acontecimientos históricos y no caer en los mismos errores. En este sentido, la Historia es la plataforma donde se han interpretado sucesos de los que puede surgir nuestra catarsis. De ahí que yo aspire, con tanto rigor como humildad, a ser ordenador y expositor de unos acontecimientos por mí vividos, para que aquellos que me lean conforme a razón, y no con arreglo “a razones o posturas irracionales”, añadan a mis memorias sobre un pasado tan dramático, un presente y un futuro muy distintos al tiempo que tantos españoles de los años 30 y 40 vivimos entre sangre y dolor.

La tarea que entrego ahora al lector ha sido empezada y suspendida repetidas veces, en las que el desánimo ha podido sobre mi fe y he sucumbido a la torpe tentación de preferir la posible comodidad que resulte del silencio. He pensado, en esas ocasiones, que no merecía, desde luego, la pena el esfuerzo necesario para situar con rigor y exactitud ciertos sucesos que la mayoría parece preferir seguir ignorando cómo acaecieron. En cuanto a los menos –que deberían interesarse pues algunos incluso pasan por profesionales-, tampoco demuestran desear ni la verdad completa ni la información objetiva. Si he vuelto, pues, sobre estos recuerdos; si he reanudado estas páginas en que doy testimonio de los mismos, siempre ha sido a instancia de personas –más o menos allegadas a mí pero siempre de buenísima fe- que me han insistido sobre mi obligación y deber de dejar testimonio veraz y cierto de horas cruciales de mi país, que yo he vivido directamente. Ahí van, en tus manos, lector; ya están, estas páginas escritas por mí a tirones y algunas, bastantes, incluso a jirones. Pienso (desde mis treinta y nueve años no he desempeñado cargo alguno) que tal vez no haya quemado mi vida por mi país en vano. Tampoco aspiro ya a que así se me reconozca. En todo caso más allá de la falacia y de la cobardía, hoy me bastaría para sentirme pagado con que un honrado lector –incluso si fuera uno solo- sintiera al repasar estas páginas la huella imperecedera de la llama de la veracidad insobornable, norte de vida y guía de conducta.

Anticipo mi gratitud a quien leyendo con atención, con independencia y rectitud, me señale, fundadamente, errores o inadvertencias en que pueda haber incurrido en mi trabajo; gratitud todavía mayor para quienes, con sensibilidad y juicio sereno, procedan ahora a rectificar las falsas atribuciones de que fue objeto mi actuación pública –unas veces por pereza y otras por mala fe-, arrastrándose así una leyenda fabricada por la hostilidad y alimentada por la malquerencia; y que durante tanto tiempo hube de soportar en una muy penosa indefensión.